ABUELAS Y ABUELOS LEECUENTOS

Selección de cuentos para chicos de 8 a 10 años









MINISTERIO de
EDUCACIÓN
CIENCIA y TECNOLOGÍA
PRESIDENCIA de la NACIÓN

"Brujas Mellizas" de Silvia Schujer
en *Puro huesos*, Editorial Sudamericana.
© 1994, Editorial Sudamericana S.A.

"Canción de amor" de Gustavo Roldán
en *Historias del piojo*, Editorial Norma.
© Gustavo Roldán

"Acnécodta" de Luis María Pescetti
en *Natacha*, Editorial Alfaguara.
© Luis María Pescetti

"Palomitas de Cartulina" de Iris Rivera
en *Antografía 5 (EGB 2) Antología Literaria*, Editorial Puerto de Palos.
© Iris Rivera

"No es fácil encontrar una piedra" de María Teresa Andruetto
en *Huellas en la arena*, Editorial Sudamericana.
© Maria Teresa Andruetto

"Para adoptar un hada" de Cecilia Pisos
en *Las brujas sueltas*. Editorial Sudamericana.
© 1997, Editorial Sudamericana S.A.

Ilustración de tapa e interior: Mónica Pironio

Colección: "Programa de abuelos y abuelas leecuentos"

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología
Unidad de Programas Especiales
Campaña Nacional de Lectura
Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129 1075
campnacionaldelectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/lees

República Argentina, 2006

BRUJAS MELLIZAS

-Silvia Schujer-

Además de brujas, Brujeña y Brujilda eran hermanas. Gemelas. Dos gotas de agua. Tan idénticas por fuera que a primera vista parecían fotocopias.

Por fuera, porque en el carácter eran el día y la noche, la luz y la sombra, las olas y el viento...

Brujeña era malévola, bellaca, descortés, deslucida y desagradable.

Brujilda en cambio era cándida, benigna, sensible, abnegada y generosa.

Brujeaban en la misma cueva. Atendían a los clientes por orden de llegada: el primero para una, el segundo para la otra. El tercero para la primera. El cuarto para la segunda, etc. Todo un tratado de democracia brujeril.



Pero una cosa era cuando atendía Brujilda. Y otra muy distinta cuando lo hacía Brujeña.

Si a la choza llegaba un paciente con empacho, Brujilda con sus brebajes convertía la panza de la víctima en un paraíso gástrico.

Brujeña en cambio, transformaba al indigesto en un cerdo, como acto de castigo al muy tragón. Exageraba su tratamiento hasta que el cliente quedaba reducido a la categoría de bestia.

Así eran: iguales y distintas. Y así se soportaban. Porque por miedo o por respeto entre hermanas ninguna se atrevía a desafiar los poderes de la otra y viceversa. Hasta un día en que esto ocurrió.

Un martes 13. A primera hora de la mañana.

Apareció en la cueva un joven hermoso con el pelo enrulado, ojos claros y estatura de príncipe.

-Buenos dias -dijo. Y antes de que pudiera continuar, por única vez en la vida Brujeña y Brujilda estuvieron de acuerdo: se enamoraron perdidamente del mancebo y cayeron desmayadas a sus pies.

-Es mío -suspiró ya repuesta Brujilda a quien de verdad correspondía la atención de ese cliente.

-Lo siento -la desafió Brujeña decidida a todo.

Y al cabo de una larga discusión abundante en agravios brujeriles: "arpía", "lechuzona", "cara de fécula", "revuelto de piraña", "nariz de escoba vieja", se retaron a duelo.

De entrada Brujilda descargó sobre su hermana cien kilos de polvo de estrellas que, endurecidos sobre su cuerpo (el de Brujeña) la convirtieron en monumento a la piedra preciosa.

Librada del hechizo y con ayuda de su escoba, Brujeña disparó contra los ojos de su hermana dos litros de leche cuajada que le dejaron la vista a la miseria.

Llorando lágrimas de yogur, Brujilda rompió de un escobazo los frascos con veneno de su hermana.

Furiosa, Brujeña respondió al ataque desarmando el laboratorio de

Brujilda de este modo: las pociones para enamorar las hizo sopa; los brebajes de calmar dolores, saliva de caballo enfermo; las esencias de flor en jarabe las convirtió en laxante.

Enojadísima, Brujilda hizo que su hermana se transformara en mariposa.

Mariposa y todo, Brujeña logró que su hermana se volviera un jabalí.

Jabalí y todo, Brujilda hizo desaparecer la escoba de su hermana.

Hermana y todo, Brujeña consiguió que la escoba de Brujilda se hiciera carbón en el mismo horno donde años atrás intentara cocinar a Hansel y Gretel.

La guerra se fue tornando cada vez más fría, más destructiva. Hasta que las hermanas se desaparecieron una a la otra, y los poderes se quedaron solos, es decir sin ellas, es decir a la buena de Dios. Invisibles, flotando por el aire, ante los ojos claros del joven hermoso con estatura de príncipe que no entendía qué rayos había pasado desde su llegada a la choza hasta ese momento.

Seguro de haber caído en una trampa y estar atrapado en la cueva, nuestro héroe respiró bien hondo y se dispuso a enfrentar la situación





con la mayor valentía: abrió la puerta para escapar.

Por su parte, aburridos de andar sueltos, los poderes de las brujas se disolvieron en el aire, y sin saberlo se dejaron respirar por el muchacho antes de que éste abandonara corriendo el lugar.

Quizas por eso el que una vez fuera tan sólo joven y hermoso, a partir de aquel día tuvo épocas de mágica belleza y otras de increíble fealdad. Vivió horas de loca alegría seguidas por horas de sorprendente amargura. Odió y amó lo que odió. Construyó y destruyó. Acarició y golpeó. Algunas veces mintió y otras dijo la verdad. Para unos fue malo y para otros muy bueno.

Lo cierto es que hasta el último minuto de su vida, el hombre trató de entender la razón de su pena y la de su dicha. Y como nunca encontró una respuesta, dejó escrita esta historia de brujas por si alguien que pasa la quiere escuchar.

Canción de amor

-Gustavo Roldán-

Porque la noche es tan larga, el piojo cantaba bajito y sin apuro:

"Por el medio del Bermejo viene navegando un piojo..."

-Epa epa -interrumpió el sapo-, así no, compañero. Ese poema tan famoso dice:

"Por el río Paraná viene navegando un piojo".

-¿Usted cree que un piojo canoero se va a conformar sólo con el Paraná? Habrá sido otro día.

-Fíjese que no lo había pensado, pero debe ser cierto.

-Mire esa luna, don sapo. ¿No es la luna más linda del mundo?

-Seguro. En ningún lugar deben tener una luna como ésta.

-¿Y oye la música del viento? ¿Siente el perfume de las flores?

-Hermoso perfume, amigo piojo, de eso no hay duda, pero sí tengo dudas de otra cosa.

-De qué, don sapo.

-De lo que le anda pasando a usted.

-¿A mí? ¡Qué me puede pasar a mí!

-Está sentado solito mirando el río; mira la luna, oye el canto del viento y siente el perfume de la flores...

-Sí, todo es cierto.

-Y además canta bajito...

-También es cierto.

-Entonces, don piojo, quiere decir que usted anda con el mal de amores, y mejor me cuenta, porque se va a atragantar de tanto mirar el río.

-Creo que me conviene contarle, porque me está agarrando una pena demasiado grande para mí solo.

-¿Muy grande?

-Como la pena de un yacaré.

-No perdamos tiempo. Cuente nomás.

-No es tan fácil, las palabras no me quieren salir, tal vez porque como usted, soy un bicho de boca chica.

-Amigo piojo, usted ya tiene experiencia en estas cosas, no ande como un jovencito que no sabe qué hacer.

-No crea, don sapo, nunca se sabe demasiado. Las cosas del amor siempre pasan por primera vez.

-Es cierto. Y vaya largando el rollo mientras mira esa luna que se pasea por el cielo.

-Qué linda luna, ¿no?.

-Sí, pero no se aparte de la huella. Me decía que anda medio enamorado.

-Hasta el caracú. Con decirle que las flores perfuman más cuando ella las mira.



-¿Usted ya le dijo algo?

-¡Qué le voy a decir! La veo y se me seca la garganta.

-¿Tan grave viene la historia?

-Mire, yo me preparo unos piropos para dejarla temblando, pero cuando abro la boca quedo haciendo globitos como surubí que saca la cabeza del agua.

-¡Qué lo tiró! A ver, dígame cómo son esos piropos.

-Le digo uno:

"El pájaro canta al alba
yo canto al anochecer
me gustaría darle un beso
a la hora que quiera usted".

-¡Qué linda la copla! ¡Con eso la enamora hasta las orejas!

-Y tengo un montón. Pero la veo y se me enredan todos los versos... Creo que me voy a morir de tristeza.

-No, no se muera, amigo piojo.

-Sí, sí, creo que me muero ya mismo y ...plaf, hizo el piojo y se cayó muerto ahí nomás. Bueno, muerto no, pero como muerto.

-No se muera, don piojo. No se muera -dijo el sapo-, que se me está ocurriendo una idea que ni le cuento.

El piojo abrió un ojo y dijo:

-¿Una idea para que no me muera de amor? Déle, déle, que ya estoy comenzando a vivir de nuevo.

-Cuénteme cómo es esa piojita -dijo el sapo.

-Como las flores del Jacarandá, como el color del atardecer junto al río, como el canto de la calandria después de la lluvia, como el olor de la lluvia en los días de verano.

-Pero algún defecto debe tener...

-Me parece que es medio caprichosa...

-Sí, porque no me da bolilla. Yo le hago zancadillas, le tiro palitos, le tiro algunos cascotes, pero ella nada. Mira para otro lado y ni me saluda. No sé qué hacer, don sapo.

-¿Y qué más hace, amigo piojo?

-Cuando la veo cerca lo insulto al yacaré y lo desafió a pelear, para que vea lo valiente que soy.

-¿Y qué más hace?

-También le tiro bolitas de paraíso y le saco la lengua.

-¿Y qué más?

-Con el loro hacemos un concurso de malas palabras. ¡Si viera la



cantidad que sabemos! ¡Somos unos campeones, don sapo! ¿Quiere que le diga algunas?

-No, y no me cuente más. Le tira cascotes, le saca la lengua, le tira bolitas de paraíso, le dice malas palabras, le hace zancadillas...

-Sí, don sapo, todo eso...

-Y ella da vuelta la cara y pasa de largo...

-Ya sé lo que hay que hacer.

-Sí, don sapo. ¿No le parece que es medio caprichosa?

-Cuente, que me estoy por morir otro poquito.

-No, no se muera; mire, cuando vuelva a pasar, no le tire ningún cascotazo ni diga malas palabras...

-¿Y entonces qué hago?

-Dígale uno de esos piropos que usted sabe...

-Es que no me salen. Y además el corazón me hace un ruido que a cada rato viene el yacaré a preguntar quién anda golpeando por ahí.

-Bueno, no diga nada. Pero tampoco le tire bolitas de paraíso ni le saque la lengua. Mírela nomás.

-¿Nada más que mirarla?

-Nada más. Y suavecito, como miraba a la luna hace un rato.

-¿Eso es todo, don sapo?

-Eso es todo. Mírela un día, dos días, tres días.

-¿Y qué más?

-Nada. Nada más. Después me cuenta.

El piojo se quedó pensando, el sapo se fue para cualquier lado, y la luna siguió alumbrando como si no le importaran las cosas que pasaban por ahí abajo. Después se escondió tras de los árboles. Las estrellas se fueron apagando despacito.

Las chicharras comenzaron a cantar: primero siete, después ochenta y cuatro, y setecientas cuarenta y dos, y ocho mil catorce y cuatrocientas tres mil, y el sol empezó a levantarse empujado por el canto de las chicharras.

Ésa fue una mañana llena de luces y de colores, aunque para el piojo las cosas andaban de color hormiga. Pero en lo peor del color

hormiga se le apareció un arco iris. Ahí nomás, cerquita de una flor de mburucuyá, pasaba la piojita.

El piojo hizo fuerza y no le tiró ningún palito, no le sacó la lengua, no le hizo ninguna zancadilla. Sólo la miró suavecito, como a la luna llena.

Después la mañana se le hizo otra vez de color hormiga.

No fue un buen día para el piojo. Fue el día más largo y el día más triste. Discutió con el quirquincho, se enojó con la iguana, le gritó "bicho jetón" al yacaré, y cuando se cruzó con el yaguareté lo mordió en una pata desafiándolo a pelear. Pero hasta los días mas tristes alguna vez se terminan, y éste también se terminó.

Y vino la noche.

Y después el sol volvió a salir, y aunque los pájaros cantaban a más no poder, para el piojo fue otro día color hormiga. Hasta que apareció una luz como un lucero.

La piojita iba pasando cerca de la flor del mburucuyá, y el piojo no le tiró ningún palito. Solamente la miró.

La piojita pasó. Después de alejarse un poco se paró a mirar un pastito, se rascó la cabeza, siguió de largo llevándose la alegría y el lucero.

-¡Añamembuí! -dijo el piojo-. Me voy a pelear con el puma.

Y se fue a buscar al puma, pero no lo pudo encontrar por ningún lado. Recorrió largos caminos en medio del monte, durante largas horas. No hubo caso. El piojo volvió al atardecer, cansado.

Y así pasó el segundo día más triste del mundo. Esa noche se durmió sin siquiera mirar la luna.

La otra mañana fue peor. Los pájaros cantaban y el río corría lleno de camalotes, pero para el piojo el día tenía color de hormiga negra, que es el peor de todos los colores que cualquier animal se puede imaginar.



Y entonces llegó un rayo, una centella, un relámpago que saltaba entre

los pastos y pasaba muy pero muy cerca de donde estaba el piojo.

El piojo no dijo ninguna mala palabra.

No tiró ningún cascotazo. No hizo ninguna zancadilla. Solamente miró hacia esa luz que se acercaba.

-Hola piojo -dijo una voz que era como la voz de la estrella más alta.

-Ho... Hola -dijo el piojo, despacito.

-¿Viste qué flor más hermosa? -dijo la piojita mostrándole una flor de ceibo.

El piojo respiró hondo, dos veces, y dijo:

-Me gusta la flor del ceibo.

Me gusta el Jacarandá.

Me gustan los ojos suyos

y me encantaría que vayamos a pasear en yacaré y en el lomo del yaguareté y en la cabeza del loro y en puma y en tatú carreta y en oso hormiguero y en tapir y en corzuela y en quirquincho y en víbora cascabel...

-¡Ay, la víbora cascabel me da miedo!

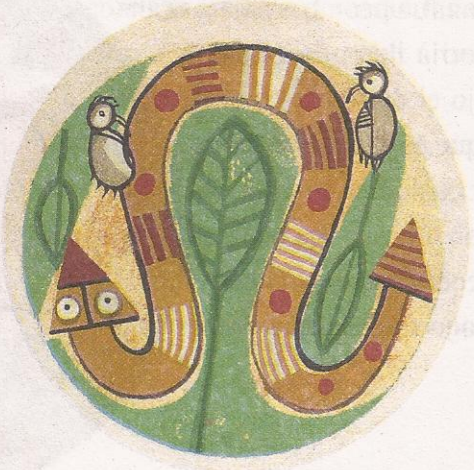
-¡Pero piojita, vas a estar al lado mío!

-¡Entonces sí que me animo! ¡Pero ese paseo nos llevaría toda la vida!

-¡Eso es lo que me gustaría!

Y ahí nomás saltaron al lomo del oso hormiguero, que fue el primer bicho que pasó.

Ya recorrieron mil animales, pero en el monte los bichos siempre son más y más, y mientras no se acaben, el piojo y la pioja piensan seguir paseando juntos. Cada vez más juntos.



ACNÉCODTA

-LUIS MARÍA PESCETTI-



–Mamá, ¿cómo se dice: acnédota o anédota?

–Se dice anécdota Nati.

–Acnécdota.

–No: acné... ya me hiciste equivocar.

–Je...

–Anécdota...

–¿Acnéndota?

–Sin la n Nati...

–¿Acécdota?

–No, sin la otra n, antes le habías puesto una n de más.

–¿Dónde?

–Por el medio, no me acuerdo.

–Bueno, ¿cómo se dice entonces?

–(Silencio que mira el techo) Anécdota...

–An..éc...dota.

–Sí, muy bien.

–Acnécdota, no, así no... an.. no: acnécodta.

–¿¿Qué??

–Acnécodta...

–¿A ver? Decilo otra vez.

–Acnécodta, acnécodta, acnécodta...

–¿Cómo hacés para decir eso? Es más difícil que anécdota.

–No mami, así es más fácil, mirá: ¡acnécodta!

–No Natacha, decilo bien.

–Yo lo digo así mami y listo.

–No es y listo Nati, mirá si cada uno hablara como se le antojara.

–Pero yo no hablo como se le antojara, yo nada más voy a decir así: acnécodta, porque me sale más fácil.

–Además no es más fácil.

–Para mí sí...

–Bueno, para vos sí, pero igual tenés que aprender a decirlo bien.

–Mirá les escribo a donde inventaron hablar. ¿Dónde inventaron hablar mami?

–No inventaron en un lugar solo Nati.

–¿Inventaron en varios lugares al mismo tiempo?

–No sé si al mismo tiempo, pero en distintas partes la gente empezó a entenderse con ruiditos que hacía con la boca.

–Alguno habrá empezado primero.

–No sé Nati, pero como vivían muy lejos unos del otro se fueron entendiendo con ruiditos distintos.

–¿Y por qué no se pusieron de acuerdo y así entonces hablaríamos todos igual porque yo a veces a Pati ni la entiendo?

–Natacha, pero Pati habla el mismo idioma.

–Pero yo a veces no la entiendo, porque habla más rápido y con la boca cerrada.

–Porque es su manera de hablar, pero habla el mismo idioma.

–Igual. ¿Y por qué no se pusieron de acuerdo?

–Porque cada uno estaba acostumbrado a como hablaba, pero hubo algunos que se juntaron con otros y se dieron cuenta que cuando estos decían: gra gra, era lo mismo que cuando ellos decían: fru fru.

–¿Qué quiere decir eso?

–Es un ejemplo Nati, no quiere decir



nada y entonces en cada tribu o en cada pueblo siguieron hablando el mismo idioma pero tenían a algunos de éstos que hablaban el suyo y el de los otros y que servían para que se entendieran... pero escuchame Nati. ¿Por qué me estás preguntando todo esto?

–Es por una tarea de la escuela mami, había que escribir una poesía y decirla mañana.

–¿Y vos escribiste una?

–Sí

–¿A ver? Decímela.

–Ahí te va mami. ¡Pero no te rías, eh!

El viento sopla los barcos
como si fuera un cumpleaños
de un chico porque le gusta hacer acnécodta.

–¡Está preciosa Nati! ¿Te puedo preguntar una cosa? ¿Qué quiere decir anécdota para vos?

–¡Y qué va a querer decir mamá! ¡Es así como una cosa, como una travesura o que se portó bien y le dieron un premio pero porque es así simpático!

–No Natacha es otra cosa. ¿No querés que busquemos en el diccionario?

–¡Mami no seas envidiosa! ¡Porque lo que pasa es que vos no escribiste un poema y yo sí y me decís así que me corregís porque yo sí escribí uno y vos no!

–¿¡Qué no?! ¡Pobre de vos! Ahí te va uno:

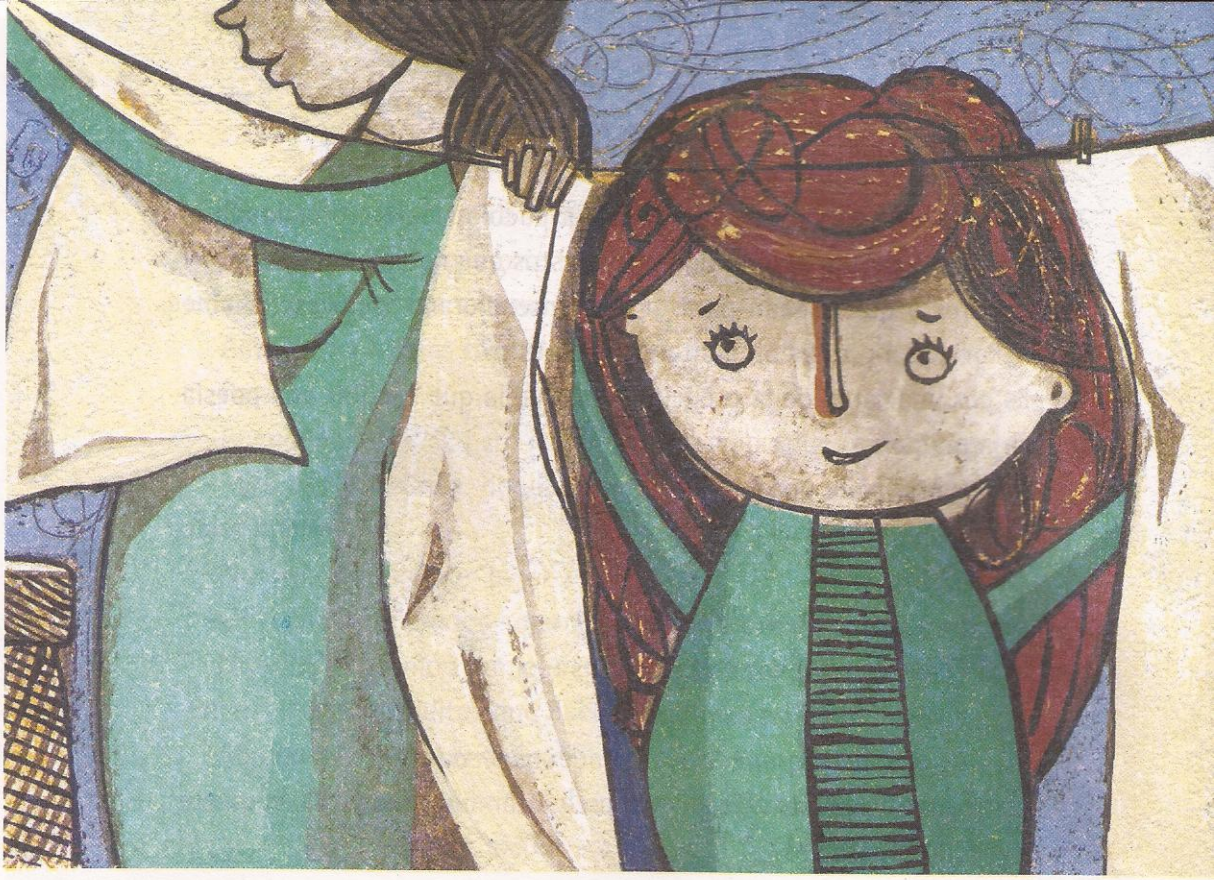
Sos tan alto que tu cabeza
choca la luna de plata
y desde abajito yo siento
que no te lavás las patas.

–¡Está buenísimo!

–Se lo hice a tu papi cuando éramos novios.

–Se lo voy a decir a la maestra.

–¡No Nati! Decile el tuyo que está mejor, ¿sí? Nada más que aprendé a decir anécdota.



–No, mirá: le escribís una carta a los de la tribu que decías antes y les ponés que yo digo acnécodta y que quiere decir travieso y listo, ¿no? Así ellos también aprenden mi idioma, pobres, sino un día va a venir uno de los de la tribu y me va a querer decir algo y ni va a saber, pobre, ¿no?

–Sí, pobre...

Palomitas de Cartulina

-Iris Rivera-

Para todas las fiestas patrias, hago palomitas de cartulina. Y eso que no sé dibujar muy bien..., pero las palomitas me salen preciosas.

Casi siempre las hago en el grado mientras mis chicos terminan las cuentas o leen libritos de la biblioteca. Y nunca falta una nena (siempre es una nena) que viene, pone la boca entre signos de admiración y me pregunta cómo aprendí a hacer tan lindas palomitas de cartulina.

Yo no me preocupo en contestarles "cómo", pero no aguanto las ganas de contarles "por qué".

Y les cuento. Les cuento que, aunque ahora me hago los reflejos para disimular las canas y me tengo que calzar anteojos para diferenciar un 8 de un 5... hubo un tiempo en que era tan, pero tan joven que, con mi guardapolvito blanco de recién recibida, me confundían en el patio con una alumna de séptimo. Era la época en que me hacía la seria para que los chicos no me tomaran el tiempo... y ensayaba en mi casa caras de enojada delante del espejo, para ver cual me salía más temible.

Fue la época de mi primera suplencia. Me tocó reemplazar a una maestra que iba a tener familia y, así, caí en mi primera escuela, a la una menos cuarto de la tarde de un lunes 12 de junio... fecha histórica para mí, en la cual la Señora Directora me puso al frente de ¡primer grado! Siempre me habían gustado los nenes chiquitos. Jugaba mucho con mis primitos y los entretenía en los cumpleaños. Lástima que, muy pronto, me dí cuenta de que estos chiquilines no eran mis primitos, las letras no eran chizitos, el pizarrón no era la torta, ni la Directora era una piñata, por más que se la veía bastante rellenita. Acá se trataba de que aprendieran a leer y escribir. ¡Casi nada!

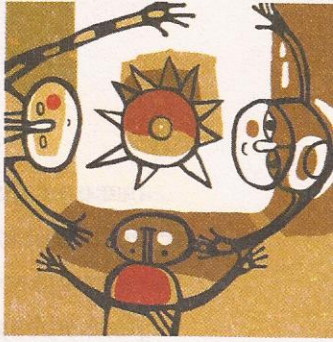
Bueno, tampoco vamos a exagerar. Yo una idea tenía de cómo se encaraba la cosa. El problema fue que, arrancara por donde arrancara, primero tenía que lograr que los mocositos me oyeran... cosa que

los piojos esos no tenían en sus planes.

Tratando de mantener la calma, procuré que tomaran asiento, tarea nada sencilla, los condenaditos tenían potentes resortes en sus pequeñas colas. Así debía ser, pues apenas las depositaban sobre las sillas, eran impulsados nuevamente a levantarse y a deambular.

En estos fatigosos quehaceres me encontraba, cuando entró la portera y me alcanzó un cuaderno. Por el cuaderno me enteré que a





mi grado el tocaba preparar un número para el acto del día de la Bandera.

Esa noche no dormí. Yo siempre fui medio artista y muy romántica. Así que me la pasé inventando una bella coreografía con banderitas para que bailaran todos los nenes de mi grado.

-Se llama piñata a un recipiente colmado de dulces que se cuelga del techo en las fiestas y al cual se debe romper para obtener el contenido.

-Una coreografía es un conjunto de pasos de baile.

A eso de la cuatro de la mañana, cuando ya tenía el baile muy clarito en mi mente, fue cuando se me ocurrió la idea gloriosa de la paloma. ¡Sí!... sería emocionante. Los nenes terminarían arrodilladitos formando un círculo alrededor de una caja donde estaría la paloma. Con los últimos acordes de la música, levantarían todas las banderitas al cielo, uno de ellos abriría la caja y la paloma (que debería ser muy blanca) volaría majestuosamente como claro símbolo de paz... acompañada por los aplausos de la concurrencia, por la amplia sonrisa de la Señora Directora y por algunas lágrimas de emoción del Presidente de la Comisión Cooperadora, que tenía fama de sentimental.

Todo se veía muy bello y fácil en mi casa a las cuatro de la mañana. Pero claro, en la escuela y a las tres de la tarde (hora de los ensayos), otro era el cantar.

Conseguir la paloma no fue lo complicado, porque había un tal don Roque que tenía un palomar cerca de la escuela y que le juró a la portera prestarnos una blanca para ese día.

-¡Qué suerte, Rosa! -dije yo-. Dígale que la vamos a buscar temprano. No quisiera esperar a último momento, porque me voy a poner muy nerviosa...

¡No sospechaba el grave error que estaba cometiendo! Traer la paloma tan temprano y tenerla toda la tarde dentro de una caja hasta las cuatro, que era la hora de la fiesta... ¡Si hubiera adivinado las consecuencias! ¡Pobre de mí!

Pero no me detuve a pensar. Ese tema me parecía resuelto. Así que me dediqué al ensayo. ¡El ensayo!

Fue un calvario[1]. Tenía treinta y cinco sabandijas dedicados a tirarse del pelo, sacarse la lengua y jugar, por ejemplo, a la bolita, cuando no al rango y mida[2].

¡Qué trabajo me dieron!

Puse en práctica todos los consejos que me daba la maestra del otro primero (amorosa, me acuerdo, una flaquita de lentes), hasta que, mal que mal, los diablitos se domesticaron y, por lo menos, seguían el ritmo de la música.

"La música amansa a las fieras", decía la flaquita de lentes. Parece que tenía razón. Lástima el último consejo que me dio. Para que me lo habrá dado ella y para qué lo habré escuchado yo.

El consejo fue este: "dejale abrir la caja a Maxi, que es el más terrible, y que grite por el micrófono ¡Viva la patria! Así, se va a sentir importante y se va a comportar con la seriedad del caso".

Lo que ella decía sonaba muy lógico... y yo le creí. ¡Para qué le habré creído! Ese día, todos miraron a Maxi, el terrible, se sintió importante. De ahí en más, se la pasó gritando ¡viva la patria! En todos los tonos, para practicar.

Fue duro, sobre todo si se piensa que, todavía, faltaban tres días para el acontecimiento. Pero, como todo llega en esta vida, el día de la fiesta también llegó. A la una y diez, la portera trajo la paloma blanca de don Roque dentro de la caja especialmente agujereada para que pudiera respirar. La pusimos arriba del armario, donde nadie la alcanzara.

Fue una larga tarde para mí. No sospeché lo larga que había sido también para la paloma. (Cómo no lo pensé). Y llegaron las cuatro. Ya estaban todos los chicos formados en el patio, los padres invitados, la Directora de guardapolvo nuevo, la Comisión de Madres, los Bomberos (que también habían sido invitados) y el Presidente de la Cooperadora (de quien yo esperaba confiada las famosas lágrimas de emoción).

Ya estaba el equipo de música preparado, en el medio del escenario,

1. Calvario se usa como sinónimo de sufrimiento prolongado porque es el nombre del monte donde fue crucificado Jesucristo.

2 . El rango y mida es un juego de niños.

la caja con la paloma. Se la escuchaba inquieta, moviendo las patitas.

Y ya era nuestro turno. Mis nenes subieron raramente ordenados y en silencio. ¡Qué maravilla! Yo no lo podía creer. Bailaron como los mejores.

Ni un error. Mis cachetes se pusieron colorados de orgullo. ¡Y pensar que todavía faltaba lo más emotivo! Ya estaban todos arrodillados alrededor de la caja. Vi que Maxi el terrible me miraba y le alcancé el micrófono.

Maxi el terrible tomó el micrófono y abrió la caja.

Miré de reojo al Presidente de la Cooperadora.

Maxi el terrible se inclinó sobre la caja.

Miré de reojo a la Señora Directora.

Miré de reojo al Jefe de los Bomberos.

Micrófono en mano, Maxi el terrible gritó:

-¡Mirá, mirá la paloma! ¡Se hizo todo caca la pobre!

La voz de Maxi el terrible salió potente por los dos parlantes.

No sé si la paloma voló enseguida o después. ¡Qué importa!

Ya no tenía la menor importancia. Todo el público era una carcajada sola. Yo, simplemente, quería que me tragara pronto la generosa tierra de mi noble patria.

Y bueno, así fue como juré que palomas de carne y plumas nunca más. Y por eso, aunque no soy muy buena dibujante, las palomitas de cartulina las aprendí a la perfección.

Es que estas no serán tan emotivas, claro, pero son muchísimo más seguras.

Al menos, yo hace veinte años que las hago y nunca mas tuve un percance.





No es fácil encontrar una piedra*

-María Teresa Andruetto-

Había una vez una ciudad.
Y en la ciudad un hombre, un hombre triste.
Para escapar a su tristeza, el hombre huyó.
Cruzó el centro,
las veredas angostas,
las calles llenas de gente.
Dejó atrás letreros luminosos,
ruidos de bocinas,
chimeneas de fabricas,
semáforos.
Atravesó los barrios,
las casas chatas,
los baldíos con paraísos,
las esquinas llenas de chicos,
sin detenerse una sola vez.

Y al atardecer llegó al campo. Una llanura verde donde las vacas pastaban.

En el campo el hombre buscó una piedra.

No es fácil encontrar una piedra en la llanura, pero el hombre buscó y buscó hasta encontrarla.

Y ella se echó a llorar. El brazo en ángulo sobre la piedra y sobre el brazo la cabeza del hombre que lloraba.

Ese atardecer, cerca de esa piedra, pasó un chico.

Cuando el chico vio al hombre llorando, sintió el impulso de preguntarle cuál era la razón de su pena.

Pero se contuvo.

Volvió a pasar junto a la piedra unos días después y el hombre seguía llorando.

* Recreación de un cuento popular.

Pasó semanas más tarde y el hombre seguía llorando.

Entonces el chico se animó:

"Hace meses que estás sobre esa piedra llorando. ¿Qué es lo que te pasa?"

El hombre que lloraba levantó la cabeza y como quien cuenta un sueño contó:

"Yo vivía en la ciudad.
Y en la ciudad estaba triste.
Para olvidar mi tristeza intenté escapar.
Crucé el centro,
las veredas angostas,
las calles llenas de gente.
Dejé atrás letreros luminosos,
ruidos de bocinas,
chimeneas de fábricas,
semáforos.
Atravesé los barrios,
las casas chatas,
los baldíos con paraísos,
sin detenerme ni una sola vez.
Al atardecer llegué al campo, a estas llanuras donde las vacas pastan.
Quise encontrar una piedra.
No es fácil encontrar una piedra en la llanura, pero yo busqué y busqué hasta conseguirla.
Y sobre ella me eché a llorar. El brazo en ángulo sobre la piedra y sobre el brazo mi cabeza.
Lloré desconsoladamente.
Las lágrimas resbalaron por mi rostro.
Los rayos del sol se filtraron entre mi brazo y mi cabeza.
Y la luz tocó mis lágrimas.
Y el agua de mis lágrimas descompuso esa luz en mil colores.
Y era tan hermoso que tuve que seguir llorando para verlo."





Las brujas que trabajan en los cuentos

-Cecilia Pisos-

Atentas a cuando abres
la página en que aparecen,
hacen maldades y trucos
y después se desvanecen.

Brujas que están bien cansadas
de niñitos indefensos
y de princesas rosadas
y de reyes en sus reinos.

Hartas de hacer sus hechizos
con sapos asquerosientos,
de arruinar todas las frutas
con feos encantamientos.

No soportan a los gatos,
les da vértigo la escoba,
quieren quitarse los granos
y la nariz con joroba.

Odian el negro de sus capas,
en sus noches, en sus dientes:
en el fondo quieren verse
muchachitas blancanieves.

Silvia Schujer

Nació en Olivos, provincia de Buenos Aires. Cursó el Profesorado de Literatura, Latín y Castellano y la carrera de Producción Integral de Radio. Dirigió el suplemento infantil del diario *La Voz*, creó y coordinó el *Departamento Pibes* de la secretaría de derechos humanos del gremio de prensa. *Cuentos y chinventos* (Premio Casa de las Américas 1986), *Las Visitas*, *Canciones de cuna para dormir cachorros*, *La abuela electrónica*, *Hugo tiene hambre* (Premio Fundalectura 2006)

Gustavo Roldán

Nació en el Chaco, en 1935 y creció en el monte, en Fortín Lavalle. Por su libro *Como si el ruido pudiera molestar* mereció el Tercer Premio Nacional de Literatura (1992); por *Todos los juegos el juego*, el Segundo Premio Nacional de Literatura (1995). Fue dos veces Premio Konex (1994/2004) por la totalidad de su obra, y en 2002 obtuvo el Premio Pregonero de Honor.

Luis María Pescetti

Nació en San Jorge, Santa Fe. Es escritor, actor y músico. Ha realizado discos con canciones infantiles humorísticas: *El vampiro negro*, *Cassete pirata* y *Antología de Luis Pescetti*. Su amplia producción de libros para niños es reconocida en Latinoamérica y España. Sus títulos más exitosos son: *Caperucita Roja (tal como se lo contaron a Jorge)*, *Natacha*, *El pulpo está crudo*, *Frin*, *¡Buenísimo, Natacha!* e *Historias de los señores Moc y Poc*.

Iris Rivera

Nació en Buenos Aires en junio de 1950. Es Maestra Normal Nacional y Profesora en Filosofía y Ciencias de la Educación. Desde el año 1985 organiza talleres literarios en la provincia de Buenos Aires. Desarrolla además talleres de lectura y escritura en espacios no convencionales. Colaboró con las revistas infantiles *Anteojito*, *AZ diez* y *Billiken*. Sus Obras: *Historias de no creer*, *Relatos relocos*, *Manos brujas*, *Aire de familia*, *Contando ando*, *Frankenstein*, *Cuentos populares de aquí y de allá*, *Los viejitos de la casa*, *Relatos mitológicos*, *Llaves*.

María Teresa Andruetto

Nació el 26 de enero de 1954 en Arroyo Cabral, provincia de Córdoba. Es egresada de la carrera de Letras de la Universidad Nacional de Córdoba. Ejerció la docencia en el nivel medio y superior en diversas instituciones. Entre los años 1984 y 1995, formó parte de CEDILIJ (Centro de Difusión e Investigación de la Literatura Infantil y Juvenil) de Córdoba y secretaria de redacción de la revista *Piedra Libre*, publicación especializada en literatura infanto-juvenil. Publicó entre otros, *Stefano*, *El anillo encantado*, *Huellas en la arena*, *El árbol de lilas*, *Veladuras* y la colección para primeros lectores *Fefa es así*. Actualmente reside en Cabana, localidad de Córdoba.

Cecilia Pisos

Nació en Buenos Aires en 1965. Es Licenciada y Profesora en Letras de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Desarrolló tareas de autoría, coordinación y edición para diversas publicaciones y editoriales, dedicándose especialmente a los libros escolares y a la literatura infantil y juvenil. Es autora de varios libros de poesías y narrativa para niños, por los que ha sido ganadora del Concurso Internacional de Literatura Infantil "Julio C. Coba" y el premio Destacados de ALIJA 2004.

Mónica Pironio

Ceramista, pintora e ilustradora egresada de la Escuela Nacional de Bellas Artes y discípula del pintor Alberto Delmonte. Ha estudiado Diseño Textil (UBA) y desde el año 1983 ilustra libros infantiles y juveniles, catálogos, afiches y tarjetas para estudios y editoriales de Argentina y España. Desde 1984 escribe para medios gráficos artículos sobre arte y propone actividades sobre esa materia.

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.



pami INSSJP

FUNDACION YPF

FMG Fundación Mempo Giardinelli

Campaña Nacional de Lectura. Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.